

Alfredo González Ruibal (editor). *Reclaiming Archaeology. Beyond the Tropes of Modernity*, Routledge, Londres, 2013. ISBN 978-0415673921. 392 pp.

Nos encontramos ante una obra de teoría arqueológica de alto nivel, situada casi en las fronteras mismas de la disciplina. En la primera parte del título se pretende “reclamar” la arqueología (también se la reivindica, aprovecha, recupera, recicla, sana... todas esas traducciones serían correctas). ¿A quién, de quién? Pues de la propia modernidad intelectual en la que vivimos, analizando cómo la arqueología ha contribuido a su formación, y al mismo tiempo revisando la posición subalterna en que aquella la ha dejado y conformando de esta manera una instancia superior de crítica del mundo actual. En palabras del editor, el volumen explora estas tres líneas: la arqueología en tanto que constituida por la modernidad, la modernidad en tanto que constituida por la arqueología y la arqueología como exploración de la modernidad.

Se parte del hecho cierto de que un número sustancial de intelectuales modernos, entre los más influyentes en el ambiente actual (Sigmund Freud, Walter Benjamin, Alois Riegl, Michel Foucault, George Bataille, André Malraux o Fredric Jameson, por citar solo algunos), han recurrido a metáforas arqueológicas para conformar su pensamiento. De la importancia de esos préstamos habla por sí sola que en Google Scholar la palabra “arqueología” aparezca asociada en primer lugar a su empleo en la obra de Michel Foucault (en su empeño por descubrir el “origen” de las formas de pensamiento) y solo más tarde la veamos ligada al sentido que nos parece habitual, relacionado con las excavaciones de yacimientos antiguos. Paradójicamente, y a la inversa, la arqueología se ha dedicado a beber de fuentes teóricas ajenas (antropología, historia, sociología, filosofía, etc.) en vez de profundizar en los conceptos propios que otras disciplinas han encontrado tan interesantes.

Aún reconociendo que muchas de nuestras metáforas no nos pertenecen realmente, pues son nociones modernas compartidas desde hace tiempo (profundidad, ruina, huellas, evolución, proceso, recolección, tipología, etc.) el editor comienza interrogando a los numerosos autores del volumen, procedentes de muy dispares ámbitos lingüísticos (varios del hispánico: Gnecco, Haber, Hernando, Gordillo, Vergara, Fluxá) y disciplinares (arqueología, arte, fotografía, antropología, estudios culturales) sobre las metáforas, antiguas y futuras,

de cuatro de nuestros campos fundamentales: 1) método de investigación, 2) tiempo y cambio, 3) memoria y patrimonio, y 4) materialidad y sus huellas.

La idea fundamental de la investigación arqueológica sigue siendo la excavación. La búsqueda detectivesca de información o tesoros bajo tierra constituye todavía nuestra metáfora maestra, que ha sido traspasada a muchos otros campos y conceptos clave de la modernidad, igual que ha ocurrido con el propio conocimiento científico. El cansancio que se observa recientemente con la idea, que separa aún más sujeto y objeto, presente y pasado, y que privilegia la profundidad escondida sobre el exterior, lo vertical sobre lo horizontal, está tal vez relacionado con el énfasis investigador puesto durante las últimas décadas en la prospección arqueológica de superficie. También es un giro que se ha observado en muchas manifestaciones del postmodernismo, por ejemplo en el arte (la poesía interesada en voces paralelas en vez de consecutivas) o la historia (el paso de Foucault a la “genealogía” en su última etapa). No obstante, la idea fundamental de separar las “capas”, de encontrar lo que está oculto tras la primera realidad, no solo pertenece a la excavación arqueológica vertical sino que es aplicable al paisaje horizontal: el arqueólogo y el historiador aprenden hoy a ver lo adyacente superficial como resultado de un proceso histórico consecutivo (“excavar el presente”).

Algunos contribuyentes al volumen han seguido esta línea, y así Gnecco, siguiendo esa crítica fundamental de la modernidad integrada en lo “post-colonial” o mejor “des-colonial” (que ve la ciencia como “violencia epistémica”), habla de los pueblos indígenas que rechazan la excavación por no serles necesaria, al acceder a sus antepasados mediante ritos chamánicos que consideran más efectivos. Otros proponen sustituir o matizar la metáfora por otras relacionadas, como la “limpieza” (Edgeworth), la prospección (Kobialka, Harrison), el “conjunto” arqueológico (Harrison), la investigación policiaca (Edgeworth, Kobialka), la fragmentación (Burstom) o la influencia y las relaciones con la población local (Hamilakis, Moshenka).

El ámbito del “cambio” cronológico también aparece como algo esencial, incluso casi imprescindible para la misma existencia de la arqueolo-

gía, y ello tanto entre los profesionales como en las visiones populares románticas, que siempre imaginan que lo que hacemos consiste fundamentalmente en estudiar “antiguas civilizaciones desaparecidas”. Bruce Trigger señaló que este énfasis está relacionado con el nacionalismo y colonialismo como proyectos globales de la burguesía occidental, cuya antigüedad es utilizada para justificar su privilegiada posición. Desde el feminismo (Hernando) se lo relaciona con posturas patriarcales que ven el cambio como algo esencialmente masculino, y lo estático como femenino y subalterno. Si recordamos lo que Levi-Strauss dejó claro hace tiempo, que todas las sociedades cambian (unas, las “calientes”, más rápido que otras), la pregunta es porque los occidentales hemos convertido la evolución, y sobre todo su ritmo rápido, en símbolo incontrovertible de progreso. A este respecto, y como los arqueólogos observamos continuamente la larga permanencia de multitud de objetos materiales y de instituciones, que duraron siglos y milenios sin apenas cambios, estamos en una posición ideal para descabalar esa idea esencialmente moderna de su inmerecido privilegio.

La arqueología ha contribuido también al proceso de “alocronización” desarrollado por la antropología desde sus inicios, aquél que colocaba a los “primitivos” en un tiempo distinto, sin cambio, casi prehistórico, directamente en el presente. Pero la influencia del movimiento posmoderno y poscolonial en las últimas décadas ha provocado un fenómeno inverso, de negación de los tiempos diferentes, de homogeneización (“homocromía”) de todas las culturas en una sucesión cronológica y actualidad temporal, un tiempo igual para todos, universal y vacío, que por cierto es el prerrequisito necesario para la incorporación del planeta entero al sistema capitalista global. En este volumen participan autores (Olivier, Witmore, Holtorf) que reclaman un tiempo diferente (aunque lógicamente no en el sentido de la antropología tradicional), que gira y vuelve hacia atrás, que como los líquidos en un medio poroso, “percola” en diferentes sentidos, y que en cierta forma es a la vez presente y pasado, actual y prehistórico.

De forma parecida, y ya desde hace tiempo, otros arqueólogos han criticado ásperamente la división neta entre prehistoria e historia, por tender a considerar la segunda un estadio superior al que pertenecen únicamente los grupos civilizados, fundamentalmente europeos. En un sentido nuevamente contrario e inesperado, Orser en el volumen le da la vuelta al argumento reprobando la reciente desaparición de los colonizadores europeos en muchas narrativas postcoloniales actuales, por ejemplo en los estudios históricos de África, porque

está propiciando el olvido de la catastrófica destrucción que la colonización provocó en gran parte del planeta, y favoreciendo inconscientemente las agendas liberales actuales. Por su parte, Verdesio vuelve a las viejas críticas de las nociones negativas de la prehistoria, firmemente asentadas en el público occidental, al menos desde el famoso manual de Lubbock de mediados del siglo XIX. Al respecto, el editor nos recuerda un trabajo de Douglas que recalca cómo el hallazgo de cabezas humanas encogidas, a la manera de las famosas de los jíbaros amazónicos mediante la extracción del cráneo, en el campo de concentración nazi de Buchenwald tras la Segunda Guerra Mundial pareció entonces algo más salvaje (por su paralelismo “antropológico” o “prehistórico”) que el exterminio masivo en las cámaras de gas, que había utilizado un método más “científico” y “europeo”.

Respecto a la memoria, ahora que vivimos un mundo “post-nemónico” donde el pasado se ve cada vez más como algo intencionalmente “borrado” (ver el libro de P. Connerton, *How modernity forgets*, Cambridge U.P., 2009), la arqueología, que recupera yacimientos ocultos que funcionan como lugares y medios de memoria (*milieux de mémoire*), resulta también en esto un medio de resistencia. En algunos lugares africanos, los arqueólogos, por su poder para recuperar el pasado diferente y situarse a medio camino entre ambos mundos, son equiparados parcialmente a los brujos. Varios trabajos del volumen nos proponen nuevos conceptos de memoria y patrimonio: en primer lugar, como algo cambiante, que es usado (incluso destruido en ocasiones) de múltiples formas, como los cementerios de coches, o que puede ser incluso falso como esa guía publicada de la región sueca de Ystad con los lugares habitados por un personaje de ficción, altamente apreciado, el inspector de policía Kurt Wallander (Holtorf y Fairclough), o ni siquiera haber existido nunca, como una supuesta plantación indochina para una novela de Marguerite Duras. Otros lugares no responden en absoluto al concepto clásico de patrimonio ligado al valor artístico sino al recuerdo de la represión y el dolor, como los campos de concentración, las prisiones, las fosas comunes o los campos de batalla (Shepherd). El trabajo en el libro de Mark Leone, inventor hace años de la “arqueología crítica”, sobre las excavaciones en poblados de esclavos del sur de los Estados Unidos, y que recoge el discurso que el autor pronunció en la inauguración de una estatua dedicada a uno de esos esclavos, es especialmente emocionante sin olvidar los aspectos científicos, a veces políticamente “incorrectos” (como las contradicciones entre resultados arqueológicos y datos históricos).

Aunque los arqueólogos estudiamos la materialidad antes que nada, no hemos podido evitar el menosprecio que nuestra civilización tiene hacia las “cosas” –como opuestas al “espíritu”– que viene, no ya del dualismo cartesiano sino desde la misma antigüedad y el primer cristianismo. Tal vez el ejemplo más claro de ese desdén aparezca en la escuela llamada de “arqueología clásica”, concentrada únicamente en el arte greco-romano hasta extremos casi paródicos. Lo que se propone en este libro es la que “podría” ser nuestra aportación fundamental como disciplina: el acercamiento a las cosas mismas, por encima de las verbalizaciones de las que están inevitablemente teñidas. El editor nos recuerda los vislumbres que diversos autores, tanto en el libro como en otras obras, han hecho de lo “Real” en la cultura material (en el sentido lacaniano-žžekiano, algo distinto de la “realidad”, la cual solo refleja discursivamente aspectos parciales de lo Real). Se trata de encontrar lo que no está dicho, tal vez porque no se puede, o pudo en su momento, decir. El propio Žžek recordaba el conocido caso de los Bororo amazónicos estudiados por Lévi-Strauss, cuya división social aparecía escondida tras un complejo sistema parental en apariencia igualitario. Se trata de buscar en lo material lo que ha sido reprimido por la conciencia, desde lo trivial a lo abyecto, que tal vez en ningún sitio mejor que en las ruinas y lo destruido aparezca más claramente. Tal vez se trate de un proceso no muy diferente del “extrañamiento” que convierte en artísticos objetos extraídos violentamente de su posición original (*objet trouvé*), como recuerda el editor para el famoso urinario de Duchamp o la “merda d’artista” enlatada de Manzoni.

El concepto de “fragmentación” afecta fundamentalmente a la cultura material en arqueología, y algunos autores recuerdan la obra de John Chapman (*Fragmentation in Archaeology*, Routledge, 2000) donde se propone que la rotura de objetos que encontramos en los yacimientos prehistóricos pudo ser intencional en muchos más casos de los que creemos; cosas que se rompían para luego reutilizarlas de formas diversas, tal vez en rituales o ritos funerarios como ocurre en África. Mats Bursström hace en el libro un estudio de la fragmentación desde el mundo clásico, concluyendo que nuestra reconstrucción de los restos arqueológicos tiene grandes paralelismos con la técnica artística del *collage*, donde se recomponen partes de orígenes diferentes en un contexto nuevo, que en nuestro caso pretende ser científico en vez de artístico.

Como suele ocurrir en muchos libros colectivos, muchas de las ideas y preguntas avanzadas por A. González-Ruibal en su documentada y exhaustiva introducción, basadas más en publicaciones ante-

rioros que en los trabajos que ha compilado, no se ven luego desarrolladas y respondidas en éstos. Procedentes de ámbitos muy diversos como ya vimos, una gran parte de los 28 estudios en el voluminoso (y caro) libro dedican su mayor atención a casos concretos y por ello las conclusiones más generales a veces han de ser buscadas con lupa. También es cierto que son autores reclamados en múltiples instancias y muchas de sus ideas aparecen en otros de los libros y revistas que hoy tratan esos temas. Tal vez por motivos éticos, muchos no quieren repetir lo que ya dijeron, desengañando aquella inocente pretensión de Umberto Eco, que confiaba en poder leer repetidas en algún otro sitio las ideas de los muchos libros que no había podido leer.

Pero es un libro de enorme atractivo e interés, de lectura obligatoria para quien quiera entrar en los extensos terrenos de la riquísima teoría arqueológica contemporánea. Nuestra disciplina avanza bárbaramente (sin ser esto una cita castiza), tal vez demasiado para el paso que lleva el conjunto de ella, y en este caso debemos el esfuerzo compilador a un investigador español y viejo conocido de este reseñador y por largo tiempo colaborador de esta revista. Su portada, bella y simple a la vez, también tiene connotaciones propias: dos viejas y simples llaves de hierro del siglo XIX, excavadas por el editor en un chamizo campesino que sirvió de refugio a los milicianos de nuestra Guerra Civil en la Batalla de Guadalajara. Testimonios del sufrimiento de nuestra clase subalterna, objetos extraídos de su contexto, “encontrados” y convertidos casi en obra de arte, las dos llaves son una metáfora más de las muchas que trata el libro, quizás la más bella porque parecen abrirnos a la vez la puerta del pasado y la del futuro.

Víctor M. Fernández Martínez
Departamento de Prehistoria, UCM
victormf@ucm.es